

Hernán Lara Zavala

¿Quién es Macho Viejo?

Alejandro Ordorica Saavedra

Decía Germán Arciniegas, en *Biografía del Caribe*, que el mar es unión de culturas. Y pienso con él que todos los mares la traen en su oleaje.

Ese inmenso mar de letras que nos inunda con sus propias delicias literarias, en el ir y venir eterno de sus aguas, donde por igual surca Homero llevando de la mano a Menelao hacia Helena; Melville, trepado en una enfurecida ballena blanca, ante el acecho del capitán Ahjab; Hemingway, cavilando junto a un viejo en una lancha, o mucho antes, el bíblico Jonás buscando la salida a su arrepentimiento dentro de las cavidades de un gigantesco cetáceo.

Ese oleaje, de cresta alta y afilada, a semejanza de una pulida esmeralda, que nos deposita en la arena a *Macho Viejo*, y que al abrir sus páginas torna en una sinfonía marina con cantos de mar, vida y amor. Y como contraparte, el cielo mismo, siempre unido en belleza y libertad.

Macho Viejo, por ahí navegas y nos envuelves gozosamente a través de 46 relatos.

Confiesa que eres un médico que salva vidas y cura almas de hombres, mujeres... y animales, sí, como cuando en un acto de poesía pura coses el pico de un pelícano, al que antes bautizas con el nombre de Ciro, a fin de que retome el vuelo, pesque, coma, viva y sea libre por sécula seculórum.

Y como si fueras El Bautista, Macho Viejo, diste nombre también a una venadita, ahora mejor conocida como Lucero, en medio de una transfiguración chamánica. Y llamas Trueno a tu imponente caballo, e Isaías a un pargo, del que luego te apiadas en su muerte y das amistosa sepultura en las profundidades, justo donde siembras una homilía del respeto a la vida, la flora, la fauna; o simplemente te encabronas, como Cristo contra los mercachifles en el templo, y organizas un co-

mando de pescadores para cortar las redes imperiales de barcos atuneros que roban peces en un mar que no les pertenece.

Camina así tu destino al filo de un litoral que se desdobra en montañas pródigas en paisajes, amoríos, riesgos, peligros, sacrificios... y orgasmos, como ese portentoso cauce de libido que desemboca en Rosa, tu mujer, no exento de otras afluencias eróticas que les bañan a plenitud, o el pasmo que te invade cuando la descubres hermosamente encumbrada como si se tratara del caballo de Troya, para constatar que será tu esposa para siempre.

Tiempo atrás, bien lo sabemos, descargas tu sobrada energía viril en mujeres de río, al ritmo y vaivén de la corriente, o en coitos submarinos.

Y, Macho Viejo, nos cuentas de tus remansos frente al mar y puedes desde ahí tocar el cielo con tu mirada, ávida de estrellas de toda luz y tamaño.

También te sumerges en esa inmensidad oceánica como la más certera ave a la búsqueda de su alimento, en el aventuroso mar de Verne o en el de un tal Cousteau que investiga en el mero fondo; y ya afuera, escuchas el dulce *Mer* de Trenet y hasta con tu romanticismo incurable a aquel compositor jarocho que tanto te instruyó sobre “un rinconcito donde hacen su nido las olas del mar”.

Y vaya que hiciste tus milagritos: en contrapartida de las bodas de Caná y la multiplicación del vino, convertiste con humor un buen mezcal en agua salada, y de paso contuviste los excesos de los machos a secas que abrumaban a una hembra. Qué decir de aquella emasculación restituida gracias a tu prodigioso bisturí o bien cuando convertiste un acto de bestialismo en el sueño bendito de quien extraña a su amada.

Ah, y como decía, las mujeres se pasan tu estafeta: de Cintia, la escultural, a la apetecible y joven Judith, que heredan sus besos y abrazos a Rosa. Pero que nadie se equivoque, nunca asoma la sombra del machismo, por contra, con arrojo y valentía entre hombres alcoholizados, no permitiste siquiera el piropo desmedido de unos a otras.

Y como todo mortal, a fin de cuentas la muerte te envuelve o la haces tuya todavía sin probarla, en ese último examen a título de suficiencia, ¿de insuficiencia terminal?, o quizá mejor dicho terminalmente incomprendible en quien tanto se aferra a la vida y acaba por diluirse en ese último momento de devastadora e insalvable soledad.

A momentos surge una voz en tercera persona o quizá la conciencia de los monólogos que fluyen dentro de ti y algo me contagia, me provoca y quisiera entonces preguntarte: Dime primero, Macho Viejo, quién te hizo un hombre bueno, de qué barro te untó, y luego, cómo llegaste a viejo sin envejecer.

Dime, dínos entonces, te lo suplico, Macho Viejo, de dónde vienes, quién infundió en ti esa humanidad estremeceadora y rellena de verdades teologales.

Quién te trajo hasta nosotros, te describió a la perfección, acomodó sutilmente la metáfora o perfiló tan certeramente a otros personajes. Y quién, sobre todo, mezcló con tal maestría la narrativa y la poesía, que sólo un hombre grande de las letras pudo haber sido capaz de lograrlo.

Tu silencio, tu misterio, te delata... y nos premia.

¿Quién... quién fue?

De seguro, Hernán Lara Zavala. **U**

Hernán Lara Zavala, *Macho Viejo*, Alfaguara, México, 2015, 156 pp.